



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Junto á una puerta de Roma

Entran CORIOLANO, VOLUMNIA, VIRGILIA, MENENIO,
COMINIO, y varios jóvenes patricios.

CORIOLANO.—Vamos, enjugad vuestras lágrimas, y abreviemos la despedida. El monstruo de mil cabezas me expulsa. ¡Ea, madre! ¿Dónde está vuestro antiguo valor? Solíais decir que las situaciones extremas eran la piedra de toque de las almas enérgicas: que los azares comunes pueden ser arrostrados por hombres vulgares; que en mar tranquila todas las embarcaciones parecen bogar con entera destreza; pero que los golpes de la fortuna, cuando más certeros, por la herida que causan, requieren rara y noble habilidad; y nunca os cansábais de llenarme de preceptos que habrían hecho invencible cualquier corazón.

VIRGILIA.—¡Oh cielos! ¡Oh cielos!

CORIOLANO.—No, mujer, te suplico.

VOLUMNIA.—¡Ahora, caigan todas las pestes sobre las industrias de Roma, y perezca todo trabajo!

CORIOLANO.—Bah! bah! bah! Cuando me echen de menos, me amarán. ¡Oh madre! Recobrad el ánimo que os hacía decir que si hubiérais sido la esposa de Hércules, habríais hecho seis de sus trabajos y le evitarais la mitad de sus fatigas. Cominio, no estéis abatido: adiós, esposa mía! Madre mía, no han de faltarme recursos. Tú, anciano y buen Menenio, tus lágrimas son más acerbas que las de un joven, y son para tus ojos un veneno. Mi antiguo general, te he visto firme, y á menudo has presenciado espectáculos terribles. Dí á estas afligidas mujeres que es bien sufrir los golpes inevitables y reirse de ellos. Harto sabéis, madre, que mis aventuras han sido vuestro recreo; creedme. Aunque parto solo, como solitario león de cuya guarida hablan todos sin atreverse á visitarla, vuestro hijo se elevará sobre el común de las gentes, ó sucumbirá á enemigas asechanzas y traiciones.

VOLUMNIA.—Primogénito mío: ¿hacia dónde irás? Toma contigo al buen Cominio por breve tiempo, y decide el curso que debes seguir, antes que entregarte temerariamente á los azares que surjan en tu camino.

CORIOLANO.—¡Oh dioses!

COMINIO.—Te acompañaré durante un mes y vendré contigo en el punto donde debes permanecer, á fin de que puedas tener noticias nuestras, y nosotros las tuyas; de modo que si el tiempo nos trae ocasión para llamarte, no tengamos que enviar en busca de ti por todo el ancho mundo, y perder así la ventaja de un momento de entusiasmo que siempre se inclina á abandonar al ausente.

CORIOLANO.—Adiós. Estás cargado de años y te abruman ya los vestigios penosos de las guerras, para ir á peregrinar con quien goza aún de su vi-

gor y lozanía. Acompáñame solamente hasta las puertas de la ciudad. Venid, dulce esposa mía, mi amada madre, mis nobles y queridos amigos. Cuando haya partido, despedidme con vuestras sonrisas. Os ruego que vengáis. Mientras pise la tierra, oiréis todavía nuevas de mí; ninguna desmentirá lo que hasta hoy he sido.

MENENIO.—Jamás oyó el mundo frases tan dignas. Vamos, no hay que afligirse. ¡Por los buenos dioses, que si pudiera quitar siquiera siete años á estos viejos brazos y piernas, te acompañaría en tu camino!

CORIOLANO.—Dame tu mano. Ven. (Salen.)

ESCENA II

Calle contigua á una puerta de Roma

Entran SINICIO, BRUTO, y un edil.

SINICIO.—Haced que vuelvan á sus casas. Ya ha partido, y no necesitamos seguir adelante. La nobleza está ofendida, y veo que se inclina á favorecerle.

BRUTO.—Ahora que hemos mostrado nuestro poder, tratemos de parecer más humildes con el éxito.

SINICIO.—Invitadlos á regresar á sus hogares, y decidles que su gran enemigo ya es ido, y el pueblo permanece en posesión de su antiguo poder.

BRUTO.—Despedidles y que vayan á sus casas. *(Sale el edil.—Entran Volumnia, Virgilia y Menenio.)* Aquí viene su madre.

SINICIO.—Procuremos evitar su encuentro.

BRUTO.—¿Por qué?

SINICIO.—Dicen que está furiosa.

BRUTO.—Nos han visto. Sigamos nuestro camino.

VOLUMNIA.—¡Oh, me alegro de encontraros! Cai-

gan sobre vosotros todas las plagas reunidas, en pago de vuestra conducta.

MENENIO.—Calma, calma; no habléis tan alto.

VOLUMNIA.—Si me dejasen hablar los sollozos, oíríais... Pero aun así habéis de oír algo. (*A Bruto.*)
¿Queréis marcharos?

VIRGILIA (*á Sicinio.*)—Os quedaréis también. ¡Así pudiera decir lo mismo á mi esposo!

SICINIO.—¿Sois furia ó mujer?

VOLUMNIA.—Imbécil. ¡Si soy mujer! Mirad á este imbécil. ¿No fué mi padre un hombre? ¿Has tenido la vil astucia de desterrar á aquel que libró más combates por Roma que palabras has hablado tú?

SICINIO.—¡Oh dioses, que esto oís!

VOLUMNIA.—Sí, más nobles triunfos que palabras sensatas tú... Y sólo por el bien de Roma... Te he de decir... pero no, vete... aunque, no... detente.. Quisiera que mi hijo estuviese en Arabia, espada en mano, y que tuviera delante á toda tu tribu.

SICINIO.—¿Y qué?

VIRGILIA.—¿Y qué? Allí acabaría tu raza.

VOLUMNIA.—Con sus bastardos y todo. ¡Y pensar que ese hombre se cubrió por Roma, de heridas!

MENENIO.—Vamos, vamos, sosegaos.

SICINIO.—Mucho me regocijara verle continuar trabajando por su patria como al principio, y no deshacer él mismo la noble obra que había empezado.

BRUTO.—También lo deseaba yo.

VOLUMNIA.—¿Lo deseábais? Y vosotros sois los que habéis azuzado á la canalla, miserables que así pueden juzgar de su valor como yo podría juzgar los misterios que el cielo oculta á la tierra.

BRUTO.—Ea, vámonos.

VOLUMNIA.—Sí, hacedme la gracia de iros. Habéis hecho una gran hazaña. Pero antes de iros, oíd. Como sobresale el Capitolio por encima de la más mezquina casa de Roma, así mi hijo (el esposo de esta

señora que veis aquí) á quien habéis desterrado, aventaja á todos vosotros.

BRUTO.—Bueno, bueno. Os dejamos.

SICINIO.—¿Para qué quedarnos á sufrir las mordeduras de una mujer que ha perdido la razón?

VOLUMNIA.—Vayan mis maldiciones con vosotros. ¡Y ojalá los dioses no tuvieran qué hacer sino confirmarlas! ¡Ah! si pudiera verle, una vez al día siquiera... ¡Cuánto aliviaría mi pena!

(*Salen los tribunos.*)

MENENIO.—Les habéis dicho lo que merecen, y á fe mía que tenéis razón sobrada. ¿Queríais cenar conmigo?

VOLUMNIA.—La cólera es mi alimento. Vamos. Dejemos estas débiles lamentaciones, y sea mi ira como la de Juno. Vamos, vamos.

MENENIO.—¡Vaya!... no... basta.

(*Salen.*)

ESCENA III

Camino público entre Roma y Antío .

Entran un romano y un volsco.

ROMANO.—Os conozco bien, señor, y vos á mí. Vuestro nombre es Adriano, si no me equivoco.

VOLSCO.—Así es en verdad. He olvidado el vuestro.

ROMANO.—Soy romano, y mis servicios, como los vuestros, se dirigen contra ellos. ¿Aún no me conocéis?

VOLSCO.—¿Nicanor?

ROMANO.—Sí, el mismo.

VOLSCO.—La última vez que os ví llevábais más crecida la barba; pero os reconozco por el habla. ¿Qué nuevas tenéis de Roma? Tengo un oficio del

estado volsco en que se me encarga encontrarme con vos aquí. Me habéis evitado un día de marcha.

ROMANO.—Ha habido una extraña insurrección en Roma: el pueblo se sublevó contra los senadores, los patricios y los nobles.

VOLSCO.—¿Cómo, ha habido? Eso es decir que ya ha terminado. No lo piensa así nuestro Estado; hace grandes preparativos de guerra y confía en sorprenderles cuando más empeñados se hallen en sus disputas.

ROMANO.—Lo que ha terminado ya, es el principal estallido; pero la más leve circunstancia bastará para avivar la llama; porque los nobles se han ofendido tanto del destierro del noble Coriolano, que están ya dispuestos á quitar al pueblo todo poder, y á despojarlo de sus tribunos para siempre. Os aseguro que esto sigue ardiendo, y está casi á punto de estallar nuevamente.

VOLSCO.—¿Coriolano desterrado?

ROMANO.—Sí, señor, desterrado.

VOLSCO.—Nicanor! con semejante nueva no podéis menos de ser bien acogido.

ROMANO.—La ocasión se les presenta hoy bien propicia. He oído decir que el mejor momento para seducir á una mujer es aquel en que ha reñido con su esposo. Vuestro noble Tulo Aufidio podrá lucirse en esta guerra, puesto que su gran adversario, Coriolano, ya no está al servicio de su país.

VOLSCO.—Indudablemente. Es gran fortuna para mí el haberos encontrado. Gracias á vos, cumplí el encargo, y os acompañaré con mucho gusto á casa.

ROMANO.—Mientras llega la hora de la cena os referiré de Roma cosas bien extrañas, conducentes todas al bien de sus adversarios. ¿Decís que tenéis listo un ejército?

VOLSCO.—Sí; y por cierto, brillante. Los centuriones son numerosos y sus tropas distintamente clasificadas, prestas á tomar las armas á la primera señal.

ROMANO.—Pláceme conocer su actitud, y creo ser el hombre que los haga entrar desde luego en acción. Así, albricias por nuestro encuentro; me regocijo de vuestra compañía.

VOLSCO.—Más debo alegrarme que vos, pues me evitáis trabajo.

ROMANO.—Bien: vamos juntos. *(Salen.)*

ESCENA IV

Antío.—Delante de la casa de Aufidio

Entra CORIOLANO pobremente vestido, disfrazado y embocado

CORIOLANO.—Hermosa ciudad es Antío. Yo soy quien dejó viudas á sus mujeres: muchos de los herederos de estos bellos edificios han caído moribundos y pericido en mis guerras. No me reconozcas, pues; no sea que me destruyan en mezquina batalla tus mujeres con asadores y tus muchachos con piedras. *(Entra un ciudadano.)* Salud, señor.

CIUDADANO.—Y á vos.

CORIOLANO.—Llevadme, si os place, á la casa del gran Aufidio. ¿Está en Antío?

CIUDADANO.—Sí, y esta noche da una fiesta á los nobles del Estado.

CORIOLANO.—Os ruego que me indiquéis dónde la tiene.

CIUDADANO.—Esta es... frente á vos.

CORIOLANO.—Gracias, señor; adiós. *(Sale el ciudadano.)* ¡Oh mundo! ¡Qué prontas y fáciles son tus mudanzas! Amigos jurados, cuyo doble pecho parece poseer para ambos un solo corazón; juntos á todas horas, en la mesa, en el ejercicio, en el sueño, como gemelos inseparables; antes de una hora

y por la más frívola disensión se convertirán en implacables enemigos. Y en cambio, los adversarios más encarnizados, los más mortales enemigos, cuyas pasiones y proyectos los desvelan por destruirse mutuamente, se convertirán de pronto en íntimos amigos unidos en la prosecución de un mismo propósito. Y eso es la que me sucede. Aborrezco el lugar donde nací y consagro mi afecto á esta ciudad enemiga. Entraré. Si me mata, se hará justicia á sí propio. Si no, prestaré servicios á su país. *(Sale.)*

ESCENA V

La misma.—Vestíbulo en casa de Aufidio

Música dentro. Entra un esclavo.

ESCLAVO 1.^o—¡Vino, vino, vino! ¿Qué servicio hay aquí? Parece que nuestros mozos se han dormido. *(Sale.—Entra otro criado.)*

ESCLAVO 2.^o—¿Dónde está Coto? Mi señor lo llama. ¡Coto! *(Entra Coriolano.)*

CORIOLOANO.—¡Hermosa casa! ¡Cómo huele la fiesta! pero mi porte no es el de un convidado. *(Vuelve á entrar el esclavo.)*

ESCLAVO 1.^o—¿Qué deséáis, amigo? ¿De dónde venís? Aquí no hay lugar para vos. Servíos tomar la puerta.

CORIOLOANO.—No merezco ciertamente mejor acogida. *(Vuelve á entrar el 2.^o esclavo.)*

ESCLAVO 2.^o—¿De dónde sois, señor mío? ¿Donde tiene el portero los ojos que da entrada á esta clase de compañeros? Hacedme el favor de marcharos.

CORIOLOANO.—¡Apártate!

ESCLAVO 2.^o—¿Yo? ¡Fuera de aquí!

CORIOLOANO.—Ya empiezas á molestarme.

ESCLAVO 2.^o—¿Tan bravo eres? Ya te hablaré dentro de un rato.

(Entra el tercer esclavo, y se encuentra con el primero.)

ESCLAVO 3.^o—¿Quién es este mozo?

ESCLAVO 1.^o—El hombre más raro que he visto. No consigo hacerlo salir de la casa. Mira: dile al amo que salga, que quiere hablarle.

ESCLAVO 3.^o—¿Qué tienes que hacer aquí, mozo? Sal cuanto antes.

CORIOLOANO.—Dejadme. Me parece que no os estorbo.

ESCLAVO 3.^o—¿Qué sois?

CORIOLOANO.—Un noble.

ESCLAVO 3.^o—¡Ah!... Un noble, pobre.

CORIOLOANO.—Así es verdad.

ESCLAVO 3.^o—Pues bien: caballero pobre, buscad algún otro asilo, porque no le hay aquí para vos. Vamos, salid, salid.

CORIOLOANO *(empujándolo)*.—Atiende á tu oficio! vete! vé á engordar con las sobras.

ESCLAVO 3.^o—¿Qué! ¿no salís? Vamos á decir al amo qué extraño huésped tiene en casa.

ESCLAVO 2.^o—Así lo haré.

ESCLAVO 3.^o—¿Dónde vives?

CORIOLOANO.—Bajo el cielo.

ESCLAVO 3.^o—¿Bajo el cielo?

CORIOLOANO.—Sí.

ESCLAVO 3.^o—¿Dónde es eso?

CORIOLOANO.—En la ciudad de los buitres y los cuervos.

ESCLAVO 3.^o—¿Ciudad de buitres y cuervos? ¡Qué asno es! ¿También vivirás con las cornejas?

CORIOLOANO.—No; no sirvo á tu amo.

ESCLAVO 3.^o—¿Os atrevéis á hablar de mi amo?

CORIOLOANO.—Claro que sí; es más decoroso que hablar de tu ama. Tú charlas y charlas, sin ton ni són... vete á servir, ¡fuera!

(Lo echa á golpes.—Entran Aufidio y el 2.^o esclavo.)

AUFIDIO.—¿Dónde está ese mozo?

ESCLAVO 2.º—Aquí, señor; ya le habría echado á golpes como un perro, si no hubiera temido perturbar á los señores que están allá dentro.

AUFIDIO.—¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? ¿Cuál es tu nombre? ¿Por qué no hablas? ¡Habla, hombre! ¿Qué nombre tienes?

CORIANNO (*desembozándose*).—Tulo, si no me conoces, y viéndome no crees que sea quien soy, me veré en la necesidad de decir mi nombre.

AUFIDIO.—¿Cómo te llamas? (*Se retiran los criados.*)

CORIANNO.—Tengo un nombre que suena mal á los oídos volscos, y no muy gratamente al tuyo.



AUFIDIO.—Pero dilo. Tu apariencia es adusta, y en tu semblante se halla impreso el orgullo del mando. Aunque tus vestidos están rotos, se ve que cubren un noble cuerpo. ¿Cuál es tu nombre?

CORIANNO.—Prepara tu ceño al enojo. ¿No me conoces todavía?

AUFIDIO.—No te conozco. ¿Tu nombre?

CORIANNO.—Mi nombre es Cayo Marcio, el que

ha hecho tanto daño á los volscos y á ti en particular. Testigo de ello es mi sobrenombre de «Coriolano»; esta fué toda la recompensa que mi ingrata patria da á los penosos servicios, los extremos peligros y la sangre que he vertido por ella. Mi sobrenombre es clara memoria del desagrado y encono que debes sentir hacia mí. Sólo me queda ese nombre. La crueldad y el odio del pueblo, tolerados por nuestros tímidos nobles, quienes me han abandonado, ha devorado todo lo demás, y ha hecho que por el voto de los esclavos se me expulse ignominiosamente de Roma. Ahora bien: semejante extremidad me trae á tu hogar, no con la esperanza de salvar mi vida (no te equivoques en esto); pues si yo temiera la muerte, tú serías de todos los hombres del mundo el primero á quien habría evitado; sino porque lleno de indignación y despecho quiero desquitarme de los que me destierran; por eso me ves ante ti. Si tienes, pues, el corazón dispuesto á vengar tus agravios y á borrar las causas de vergüenza que se notan en tu país, apresúrate, entra al punto en acción y haz que mi desgracia sirva á tu intento. Válete de ella para que mis servicios de venganza redunden en beneficio tuyo; porque he de combatir contra mi gangrenado país con la rabia de todos los espíritus infernales. Pero si no te atreves, ó estás cansado de probar fortuna, entonces, yo también lo estoy de vivir de esta suerte y entrego mi garganta á tu antiguo odio. Si no la cortas, probarás que eres un necio; desde que te conozco siempre te he perseguido con mi aborrecimiento, vertí á raudales la sangre de tu patria, y no puedo vivir sino para vergüenza tuya, ó á tu servicio.

AUFIDIO.—¡Oh Marcio, Marcio! Cada palabra tuya acaba de arrancar de mi corazón una raíz del odio antiguo. Si Júpiter desde aquellas nubes con su divino acento me dijera «Es verdad», no las

creería más que á ti, nobilísimo Marcio. Déjame enlazar con mis brazos tu cuerpo. El ha sido el yunque de mi espada. Y ahora disputo tu afecto con tanto ardor y nobleza como en la ambición de mi fuerza combatía antes tu valor. Ten sabido que amaba á la doncella á quien tomé por esposa, con toda la entrañable sinceridad que cabe en alma de hombre. Pues bien: el verte aquí ¡oh tú, dechado de nobleza! conmueve mi corazón más que cuando ví la primera vez á mi virgen esposa poner el pie en mi hogar! ¡Oh, tú, Marte! te aseguro que tenemos todo un ejército en pie; y me proponía una vez más arrancar el escudo de tu brazo, ó perder el mío. Doce veces me has batido, y desde entonces he soñado siempre en combatir contigo cuerpo á cuerpo; de modo que en mi sueño hemos estado juntos, pugnando por arrancarnos los yelmos, apretandonos mutuamente la garganta... despertaba medio muerto de esta soñada fatiga. Ahora, digno Marcio, si no tuviéramos otro motivo de querella con Roma que el haberte desterrado, llamaríamos á las armas á todos desde los doce años á los setenta, y llevaríamos la guerra á las entrañas de la ingrata Roma, como poderosa inundación. ¡Oh! Ven y estrecha la mano de nuestros senadores, que han venido á despedirse de mí, pues me preparo á invadir, aunque no la misma Roma, el territorio romano.

CORIOLANO.—¡Oh cielos, me habéis bendecido!

AUFIDIO.—Por tanto, como señor absoluto, si quieres dirigir por ti propio la venganza, toma tu parte en la empresa; y como eres más experto y conoces mejor la fuerza y la debilidad de tu país, traza tú mismo tu plan; ya sea para llamar á las mismas puertas de Roma, ó ya para herirla en puntos remotos y difundir el espanto antes de dar el golpe de gracia. Pero ven. Déjame recomendarte primero á los que tienen que aprobar tus deseos. ¡Bienvenido mil veces! Y más amigo ahora que enemigo antes,

que es encarecerlo mucho, Marcio. Dame tu mano; bienvenido seas.

(*Salen Coriolano y Aufidio.*)

ESCLAVO 1.^o (*adelantándose*).—¡Qué extraña mudanza!

ESCLAVO 2.^o—Por mi alma, que me dieron tentaciones de apalearlo; y sin embargo, algo me advertía que me engañaba su disfraz.

ESCLAVO 1.^o—¡Y qué brazo tiene! Con sólo dos dedos me hizo dar vueltas como un trompo.

ESCLAVO 2.^o—Ya echaba yo de ver por su semblante que era hombre que valía algo. Su cara tiene un no sé qué... vamos... que no sé cómo llamarlo.

ESCLAVO 1.^o—Sí; tiene una cara muy expresiva. Que me cuelguen si no pensé que había más en él de lo que yo podía pensar.

ESCLAVO 2.^o—Y yo lo mismo. Es el hombre más raro del mundo.

ESCLAVO 1.^o—Por cierto que lo es: pero mejor soldado que él no hay más que uno.

ESCLAVO 2.^o—¿Quién? ¿Mi amo?

ESCLAVO 1.^o—No. No importa.

ESCLAVO 2.^o—Vale por seis como él.

ESCLAVO 1.^o—Eso tampoco. Pero le tengo por el mejor soldado.

ESCLAVO 2.^o—Por vida mía, que uno no sabe cómo explicar bien eso. Para la defensa de una ciudad nuestro general es excelente.

ESCLAVO 1.^o—Sí, y también para el asalto.

(*Vuelve á entrar el esclavo 3.^o*)

ESCLAVO 3.^o—¡Oh esclavos! Traigo nuevas... nuevas, bribones!

ESCLAVOS 1.^o y 2.^o—Veamos ¿qué? Sepamos que pasa.

ESCLAVO 3.^o—No quisiera ser romano ahora: lo mismo es que estar sentenciado.

ESCLAVOS 1.^o y 2.^o—¿Cómo? ¿Cómo?

ESCLAVO 3.^o—Como que está aquí el que había jurado batir á nuestro general Cayo Marcio.

ESCLAVO 1.^o—¿Por qué decís *batir* á nuestro general?

ESCLAVO 3.^o—No digo batirle... pero siempre fué su pareja.

ESCLAVO 2.^o—Vamos. Estamos entre compañeros y amigos. Marcio era más poderoso que él. Se lo he oído á él mismo.

ESCLAVO 1.^o—Sí, sí, le vencía... seguramente. Delante de Coriolos lo melló y tajó como quiso.

ESCLAVO 2.^o—A ser un canibal, lo asaba y se lo comía.

ESCLAVO 3.^o—Pero vamos á las noticias.

ESCLAVO 3.^o—Pues allí dentro le están tratando de manera como si fuese el hijo y heredero de Marte. Le han sentado á la cabecera de la mesa: todos los senadores están con la cabeza descubierta delante de él, y ninguno se atreve á interrogarle. Nuestro general mismo le mimaba como á niña bonita, y hace ademanes de admiración y pone los ojos en blanco cuando él habla. Pero lo sustancial de las nuevas es que nuestro general está partido por mitad y ya no es sino la mitad de lo que era ayer, porque Marcio tiene la otra mitad, á ruego y autorización de cuantos hay en la mesa. Dice que irá á sacudir por las orejas al guardián de las puertas de Roma: arrasará cuanto encuentre á su paso y sentará allí la planta hasta dejar huella.

ESCLAVO 2.^o—A nadie conozco que sea tan capaz de hacerlo como lo dice.

ESCLAVO 3.^o—¿Capaz de hacerlo? Lo hará; porque, mirad: él tiene tantos enemigos como amigos; los cuales amigos (como si dijéramos) no se atreven (fijaos bien en ello) á mostrarse (según decimos nosotros) mientras él esté en desgracia.

ESCLAVO 1.^o—¡Estar en desgracia! ¿Qué es eso?

ESCLAVO 3.^o—Pero cuando vean levantarse su cimera, y al hombre cubierto de sangre, saldrán todos ellos de sus guaridas, como conejos después de la lluvia, y se sublevarán á favor de él.

ESCLAVO 1.^o—¿Pero para cuándo es esto?

ESCLAVO 3.^o—Mañana, hoy, ahora mismo. Esta misma tarde oiréis sonar el tambor. Es, como si dijéramos, una parte de la fiesta, y se ha de ejecutar antes de que se enjuguen los labios.

ESCLAVO 2.^o—Entonces ya volvemos á estar metidos en el bullicio. Esta paz no sirve sino para enmohecer el hierro, aumentar el número de sastres y producir compositores de baladas.

ESCLAVO 1.^o—Yo estoy por la guerra. Le aventaja á la paz como el día á la noche. Es lista, despierta, sonora y llena de ímpetu. La paz es una apoplejía, un letargo, muda, soñolienta, insensible; produce ella más bastardos, que hombres destruye la guerra.

ESCLAVO 2.^o—Así es. Y si en algún modo se puede decir que la guerra es violadora, no se puede negar que la paz fomenta los engaños de las mujeres.

ESCLAVO 1.^o—Y hace que los hombres se aborrezcan unos á otros.

ESCLAVO 3.^o—La causa es que entonces los hombres se necesitan menos. Estoy por la guerra á toda costa, y espero ver romanos tan baratos como volscos. Ya dejan la mesa.

Todos.—Vamos dentro, vamos.

(*Salen.*)

ESCENA VI

Plaza pública en Roma

Entran SICINIO y BRUTO

SICINIO.—Nada oímos de él, ni necesitamos temerle. Sus recursos serían estériles en el presente estado de tranquilidad del pueblo, que al principio estaba agitado y revuelto. Así avergonzamos á sus amigos mostrándoles como todo va bien; aunque ellos preferirían aun con daño propio, ver infestadas las calles de gentes amotinadas, más que á nuestros industriales cantar en sus talleres y ocuparse amistosamente en sus negocios. *(Entra Menenio.)*

BRUTO.—Nos pusimos á la obra muy á tiempo. ¿No es este Menenio?

SICINIO.—Sí, él es. ¡Oh! de algunos días acá se ha vuelto muy cortés. ¡Salud, señor!

MENENIO.—Salud á ambos.

SICINIO.—Ya veis que nadie echa de menos á Coriolano, como no sean sus amigos. El pueblo se mantiene firme y salvo, á despecho de su cólera, y seguirá así aun cuando lo odiara más.

MENENIO.—Todo está muy bien, pero mucho mejor hubiera sido si él hubiese contemporizado.

SICINIO.—¿Dónde está? ¿Lo sabéis?

MENENIO.—No. Nada he oído. Ni su madre ni su esposa tienen noticias de él.

(Entran tres ó cuatro ciudadanos.)

CIUDADANOS.—Que los dioses os guarden.

SICINIO.—Buenas tardes, vecinos.

BRUTO.—Buenas tardes á todos vosotros, á todos.

CIUDADANOS.—Nosotros, nuestras esposas y nuestros hijos debemos rogar de rodillas por vuestra prosperidad.

SICINIO.—Adiós, mis buenos amigos. ¡Cuánto hubiera deseado que Coriolano os amase como nosotros!

CIUDADANOS.—Ahora, los dioses os guarden.

LOS DOS TRIBUNOS.—Adiós, adiós.

(Salen los ciudadanos.)

SICINIO.—Mucho más felices somos ahora que cuando andaban estas gentes vociferando por las calles.

BRUTO.—Cayo Marcio era un digno oficial en la guerra; pero insolente, dominado por el orgullo, con una ambición sin límites, infatuado...

SICINIO.—Y deseoso de un solo poder sin auxiliares.

MENENIO.—No lo creo yo así.

SICINIO.—Harto hubiéramos probado esta verdad, si le hubiésemos hecho cónsul.

BRUTO.—Felizmente los dioses lo impidieron y Roma está segura y tranquila sin él. *(Entra un edil.)*

EDIL.—Dignos tribunos: un esclavo á quien acabamos de prender, refiere haber entrado los volscos con dos ejércitos en los territorios de Roma, destruyendo á su paso cuanto encuentran, con el odio más encarnizado.

MENENIO.—¿No será el mismo Aufidio que asoma de nuevo la cabeza, sabedor del destierro de nuestro Marcio? pues mientras éste seguía al servicio de Roma, no se atrevió aquél á moverse.

SICINIO.—¡Vaya! ¿Qué habláis de Marcio?

BRUTO.—Vé y haz azotar á ese propalador de falsos rumores. No es posible que los volscos quieran romper con nosotros.

MENENIO.—¿Que no es posible? Hartas pruebas tenemos de lo contrario. En mis días he visto tres ejemplos de ello. Pero antes de castigar á ese mozo, mejor es que le hables, no sea que paguéis con golpes un aviso útil, y azotéis al que os previene de un peligro que os amenaza.

SICINIO.—¿Qué me contáis? Estoy seguro de que no es posible.

BRUTO.—No es posible. *(Entra un mensajero.)*

MENSAJERO.—Los nobles todos acuden apresuradamente al palacio del Senado. Hay noticias que los tienen consternados.

SICINIO.—Sin duda se debe todo á lo que dijo el esclavo. Vé y azótalo á la vista del pueblo. Serán sus falsas noticias.

MENSAJERO.—Sí, digno señor. La relación del esclavo se confirma, y llegan nuevas más terribles todavía.

SICINIO.—¡Cómo! Más terribles! ¿Qué dicen?

MENSAJERO.—Circula libremente de boca en boca (aunque no sé con qué fundamento) que Marcio, unido á Aufidio, conduce un ejército contra Roma, y jura vengarse cumplidamente de todos, desde el niño que duerme en la cuna, al viejo valetudinario.

SICINIO.—Esto es lo más verosímil.

BRUTO.—Rumor urdido para que los animos pusilánimes deseen que el dios Marcio regrese á Roma.

(Entra otro mensajero.)

MENSAJERO.—Se os envía á llamar de parte del Senado. Un ejército formidable mandado por Cayo Marcio en unión de Aufidio, devasta nuestros territorios, y han hecho ya mucho camino, incendiando y saqueando cuanto encuentran.

(Entra Cominio.)

COMINIO.—¡Oh! Habéis hecho una famosa obra.

MENSAJERO.—¿Qué nuevas hay? ¿Qué nuevas?

COMINIO.—Habéis contribuído á que sean violadas vuestras hijas, derretido el plomo de la ciudad sobre vuestras cabezas, y deshonradas vuestras esposas.

MENENIO.—Pero ¿las noticias, las noticias?

COMINIO.—Vuestros templos incendiados hasta los cimientos, y vuestras franquicias, á las que dais

tanto valor, metidas todas en el agujero de un barrero.

MENENIO.—Pero os ruego que nos digáis las noticias. Habéis hecho, mucho me lo temo, una famosa obra. Dignáos, Cominio, decir las noticias. Si Marcio se hubiese unido con los volscos...

COMINIO.—Si se hubiese unido... decís? Es su dios. Se dejan guiar por él, cual si fuera engendro de otra divinidad superior á la naturaleza. Y ellos le siguen contra nosotros, miserables seres, con la misma confianza con que los muchachos persiguen las mariposas, ó los carniceros matan las moscas.

MENENIO.—Soberbia obra la vuestra; la vuestra y la de estas gentes de delantal y de cuantos habéis hecho tanto caudal del voto de los ganapanes y de las voces de los bribones.

COMINIO.—Hará que Roma se derrumbe sobre vuestras cabezas!

MENENIO.—Como Hércules sacudía la fruta del árbol. ¡Linda hazaña!

BRUTO.—¿Pero estáis seguro, señor, de que esto sea verdad?

COMINIO.—Sí, todas las regiones por donde pasa se sublevan regocijadas á su presencia; si alguien resiste, es burlado como un ignorante audaz, y perece como un necio. ¿Quién puede acusarlo? Vuestros enemigos y los suyos mismos reconocen su mérito.

MENENIO.—Estamos todos perdidos, si ese noble hombre no se compadece de nosotros.

COMINIO.—¿Y quién le pedirá gracia? Los tribunos no pueden hacerlo, por pura vergüenza. El pueblo merece de él tanta compasión como el lobo la merece de los pastores. Sus mejores amigos, si le dijeran: «ten compasión de Roma,» se harían solidarios de los que han merecido su odio, y parecerían casi enemigos suyos.

MENENIO.—Es verdad; y si le viera yo aplicar á mi propia casa la tea que había de consumirla, no ten-

dría cara para decirle: «Detente, por favor!» Buena na la hicisteis vosotros y vuestra ralea!

COMINIO.—Habéis atraído sobre Roma tal revolución como jamás se ha visto, una ruina tan inevitable como no la hubo en ningún tiempo.

TRIBUNOS.—No digáis que nosotros la hemos atraído.

MENENIO.—¡Cómo! ¿Pues acaso hemos sido nosotros? Nosotros le amábamos; pero como nobles cobardes y bestias, cedimos á vuestras muchedumbres, y éstas lo arrojaron con insultos de la ciudad.

COMINIO.—Pues temo que lo llamarán á gritos otra vez. Tulo Aufidio, el segundo nombre de cuantos existen, le obedece en todo punto como si fuera uno de sus oficiales. La única política, la única fuerza, la única defensa de Roma contra ellos, es la desesperación!

(Entra un gran grupo de ciudadanos).

MENENIO.—Aquí viene la turba multa. ¿Y está Aufidio con él? Vosotros sois los que corrompisteis el aire cuando arrojando por alto vuestros grasientos y pestíferos gorros, voceábais por el destierro de Coriolano. Ahora viene: y no habrá un solo cabello en la cabeza de un soldado, que no sea un azote para vosotros. El hará caer ahora tantas cabezas como gorros habéis tirado en alto, y os dará el pago de vuestras aclamaciones. No importa. Si él hace de todos nosotros un solo carbón encendido, no hará más que darnos lo que merecemos.

CIUDADANOS.—A fe, que son noticias terribles.

CIUDADANO 1.º—En cuanto á mí, cuando dije que lo desterrarán, dije que era lástima.

CIUDADANO 2.º—Y yo también.

CIUDADANO 3.º—Y yo también y en verdad muchos de nosotros lo dijeron. Lo que hicimos lo hicimos con la mejor intención; y aunque consentimos voluntariamente en su destierro, fué, sin embargo, contra nuestra voluntad.

COMINIO.—¡Buenos estáis!

MENENIO.—¡La habéis hecho linda, con vuestros gritos! ¿Iremos al Capitolio?

COMINIO.—Sí. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

(Salen Cominio y Menenio.)

SICINIO.—Id, ciudadanos, á vuestras casas. No os desaniméis. Estos son del bando que se alegraría de lo mismo que aparenta temer tanto. Id á vuestras casas y no mostréis ninguna señal de temor.

CIUDADANO 1.º—¡Que los dioses nos amparen! Vamos, vamos á casa. Siempre dije que hacíamos mal en desterrarlo.

CIUDADANO 2.º—Lo mismo decíamos todos. Pero... vamos á nuestras casas. Vamos.

(Salen los ciudadanos.)

ESCENA VII

Campamento á corta distancia de Roma

Entran AUFIDIO y su teniente.

AUFIDIO.—¿Todavía acuden al lado del romano?

TENIENTE.—No sé qué sortilegio hay en él; pero vuestros soldados no hablan sino de él á todas horas; de manera que en esta guerra estáis eclipsado aun á los ojos de los compatriotas.

AUFIDIO.—No puedo evitarlo en este momento, á no ser que ponga en peligro el éxito de nuestra empresa. Su porte es más altivo, aun respecto de mi propia persona, de lo que pude imaginar la primera vez que le abracé. Está en su naturaleza y yo debo excusar lo que no es posible corregir.

TENIENTE.—Con todo, yo habría deseado (y esto os lo digo con reserva) que no hubiéseis compartido el mando con él; sino que ó hubiéseis tenido vos solo la dirección, ó dejársela á él por entero.

AUFIDIO.—Te comprendo; puedes estar seguro de